

lector de la parte del diario en que se refiere esta aventura se siente a cada paso tocado de indignación comparando el gesto noble, de plena entrega desinteresada, de esta mujer con la actitud egoísta y reservada de su amante. Es preciso leer las cartas de ella para darse cuenta del grado de pasión que sentía. En ocasiones su exaltación llega hasta grados morbosos de fetichismo. Tampoco nos sirven las razones que él mismo expone para explicar su poder de seducción: "Soy algo poeta y algo adivino; así doy la ilusión del talento unida a la del desinterés". Nada de esto. Su seducción existe en la razón específica misteriosa, suscitada por la fuerte especificidad viril de Amiel. Los hombres y las mujeres poseen cualidades y sugerencias independientes, desde luego, de la voluntad sexual. También ocurre, por ejemplo, con lo fogoso de la mujer o con el talento o la intrepidez del hombre que encuentran un eco de sugestión en todo ser humano. Pero otras veces está sugestión depende, en efecto, de cualidades estrictamente sexuales específicas, que pasan inadvertidas para todos, excepto para el receptor sexual que las recoge y valora. Es el caso tan conocido de la mujeres, que producen un efecto sensacional en muchos hombres, sin que la demás mujeres e incluso muchos hombres se puedan explicar la razón de aquel efecto. Este es el caso de Amiel y de los hombres capaces de despertar pasiones femeninas tan profundas como la que comentamos, con asombro del público varonil, que no distingue en el afortunado ninguna de las cualidades que sirvan por lo menos de apoyo a la atracción sexual. Es indudable, pues, que hay factores invisibles que demuestran hasta qué punto el espíritu adivina y recoge estas cualidades de gran jerarquía sexual ocultas en individuos vulgares, que es el caso de Amiel.

"*Este cretino*".—Hace algunas semanas recibí la visita de un conocido profesor de una Universidad suiza. Estaba precisamente rodeado de los documentos y del diario de Amiel, y al exponerle mi propósito de hacer un estudio de él, me dijo:

"No me explico el interés que despierta todavía este cretino".

Los hombres no le comprendieron ni le estimaron por la misma razón que las mujeres lo amaron. Y ahora resalta en toda su nitidez la inexactitud de los que comparan a Amiel con Don Juan. El prestigio de Don Juan con las mujeres es, en efecto, en gran parte un prestigio debido a los hombres. Suprimid en Don Juan sus lances de juego y de espada y entonces tendremos que rebajar en un noventa por ciento su buena fortuna con las mujeres. Don Juan lo sabe muy bien, y por eso se preocupa de deslumbrar a los hombres durante el día para recoger el fruto por la noche con las mujeres. En Casanova, por ejemplo, cuyas Memorias constituyen el documento más importante de todos los que conocemos referentes al donjuanismo, se aprecia muy bien esta táctica. Al entrar en cada ciudad su principal

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

cuidado era imponer la admiración masculina. Sabía muy bien le repercusión inmediata que esta admiración tendría en la sensibilidad de las mujeres. Todo lo contrario que en Amiel: desgarbado, antideportista, tosco, sin una sola de las cualidades que hubieran hecho volver los ojos de los transeúntes. Aparentemente vemos a estos dos arquetipos de Casanova y de Amiel seguidos de mujeres apasionadas. Casanova se deja caer cada noche en los brazos abiertos de la mujer inespecífica, sea la que sea. Amiel rebusca a través de sus largos años de juventud y de madurez, con sus ojos agudos y detallistas de miope, una mujer, una sola mujer que no encuentra jamás. Por eso no sobrevive el nombre de una sola de las infinitas amantes de Casanova, y en cambio lo que queda de Amiel son éstas, las mujeres que le vieron, le comprendieron y le respetaron.

Las mujeres de Don Juan y las de Amiel.—Claro que esto supone una diferencia entre las que seducen a Don Juan y las que seducen a Amiel. La mujer de Don Juan es siempre una mujer indiferenciada, sin personalidad, sexualmente anónima; a lo sumo, una monjita gazmoña y linfática, como Doña Inés. Las mujeres que se enamoraron de Amiel eran mujeres con su nombre y su apellido, con su documentación biológica bien clara y espíritu exquisito, aunque quizá, eso sí, de físico mediocre. Por ello, la mujer indiferenciada busca en el hombre sólo aquello que el hombre puede dar a la mujer: el amor físico; sólo éste, aislado de todo elemento psíquico y afectivo, que se satisface en las mujeres, como en los niños, con cualquier cosa. Lo único que la mujer normal no puede encontrar, salvo el amor maternal, fuera del hombre, es el descanso de su alma en el seno del alma masculina. Esta es la razón, y con esto termino, del enorme influjo que el confesor alcanza muchas veces en el alma de las mujeres. La confesión de la mujer al sacerdote puede ser una mera deposición mecánica, como quien echa cartas a un buzón; pero si tiene el sentido profundamente humano de la liberación entrañable de la conciencia, de una conciencia más fuerte, capaz de acogerla, y comprenderla, y devolverla luego limpia, entonces, por razones biológicas, se exige que el receptor

sea un hombre, y, por lo tanto, es un acto rigurosamente específico.

La confesión.—Por esta misma razón la confesión es un acto de mucha más trascendencia en la mujer que en el varón. La confesión es un homenaje a las cualidades más excelsas del hombre. La mujer, por estar perfectamente ligada a su sexo, es poco apta para la confesión, como para el papel de juez. Por eso, los hombres sólo se confiesan con una mujer en casos excepcionales, y siempre cuando ella ha traspuesto los límites de la senectud. Por eso, el confesor, sea o no sacerdote, ha de ser casto. Amiel lo era, y de aquí su eficacia en este sentido. En diferentes pasajes de su diario comprendemos que en esta capacidad confesional puede residir la clave de su influencia sobre la mujer.

Otro rasgo antidonjuanesco muy típico de nuestro escritor: su preocupación por el tiempo y el pensar. Para Don Juan, el reloj no existiría si no tuviese interés en acudir a tiempo a sus citas. En cuanto a la Naturaleza, no cuenta para nada en su vida, demasiado preocupado en sí mismo para mirar el mundo maravillosos que nos rodea. Don Juan, como Narciso, sólo cae en la cuenta del mundo exterior cuando le sirve de espejo. En las Memorias de Casanova no surge una sola vez el paisaje, y Don Juan no se da cuenta de lo mejor de la Naturaleza hasta aquella noche del cementerio, en que contempla con arrobo las estrellas del cielo; pero es precisamente la noche en que deja de ser Don Juan, para convertirse en un hombre como los demás.

Amiel, en cambio, es esclavo de la hora. En cada una de sus cuartillas anota el minuto en que las escribe, y no por capricho, sino porque cada hora tiene para el hombre un eco en el estado de su alma. "Si hace buen tiempo, la hora de las tres de la tarde es terrible para mí" escribe. Esto no lo diría Don Juan. Y en cuanto al paisaje, casi nunca falta en las páginas de su diario. Sólo Amiel pudo haber dicho "que el paisaje es un estado del alma". Así entiendo yo a Amiel. No me interesa el prestigio de su literatura, ni su erudición, hecha de textos mediocres; me interesa, en cambio, apasionadamente el lirismo silencioso que ocupa en aquella alma que se suicidó de desesperación de sí mismo a lo largo de treinta años en las páginas de su diario. No creo, entendámoslo bien, que Amiel represente en modo alguno un tipo superior de la evolución humana, pero sí un tipo desviado de la normalidad hacia la perfección. Su genealogía es, sin duda, admirable.

Quisiera que estos comentarios sirviesen de enseñanza, y quizá de conciencia, a tantos y tantos hombre oscuros que arrastran la cruz de su timidez sin sospechar que este defecto puede estar elaborado con materiales de la más alta y más excelsa jerarquía humana.

Gregorio Marañón